

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Crónicas de la pereza III



El barroco ceremonial azteca. Este miércoles me recibe con un correo electrónico que llega a esa computadora

cuyos secretos misterios no puedo penetrar porque soy 1/2 ox (medio buey). Tiene que llegar la sacerdotisa rayada, la vestal tapatia, Rosachiva para que sea ella la que efectúe los conjuros y danzas rituales que culminarán con la revelación de los secretos que la computadora aloja. Gracias a todas estas maniobras, puedo leer un correo electrónico que me envía Javier Lozano Alarcón, en un tono entre amigable y bravo. Lo que ocurre, para acabar pronto, y para decirlo con el español del DF, es que Don Javier está "sentido". Así como los portugueses afirman que hay que haber nacido y crecido en Portugal para saber lo que es "la saudade", los habitantes de la Capital de México podemos afirmar que sólo los nacidos y educados en el Altiplano y al calor de los volcanes podemos saber lo que es "estar sentido", una forma muy particular y fatalista del decaimiento del alma. A los hombres ocasionalmente nos sucede que estamos "sentidos"; pero son las mujeres las que lo experimentan con más frecuencia y con más alto disfrute. El "sentimiento" masculino es

mucho más negociable y efímero; el sentimiento femenino puede llegar a durar décadas. Si, Dios no lo quiera, ustedes contemplan que su esposa, prometida, o compañera de vida caen en un profundo mutismo, mientras su mirada se fuga hacia los espacios cósmicos declarándonos inexistentes; si eso ocurriera, prepárense lectores queridos: esa mujer está "sentida". Asegurarse de esto es extremadamente sencillo. Basta con preguntarles ¿cómo están? y sobre todo, basta con que ellas contesten con palabras de obsidiana: bien; pero ¿qué tienes? y las muy payasas contesten con voz lacriminal: nada. Con eso basta, ya ni pierdan su tiempo, esa mujer está "sentida" y llevará años lograr que el amor se restablezca y la sonrisa vuelva a descender sobre nuestros hogares. Pero, como me ocurre cada vez con más frecuencia, ya se me fueron las cabras al monte. El asunto que me ocupaba era el correo de Javier Lozano donde éste me comenta que le pareció muy bien mi solidaridad con Josefina Vázquez Mota y le gustó mucho también que trajera yo a colación esa pequeñísima y selecta lista de amigos/políticos que tengo. Lo único que le dolía hasta la médula del alma era comprobar con mucha tristeza que él, Javier Lozano, no estuviera incluido en esa lista, aunque entendía perfectamente que él no era digno de tan alta designación. Esto fue apenas la plataforma de lanzamiento de todos los malestares que se agolpaban en su alma por culpa mía.

Lo peor es que no se me ocurre más respuesta para su tristeza que el decirle: ya pachó, ya pachó, ya pachó. Eso y decirle que aquí sobre la

pantalla cuando entramos en plena producción de un artículo, incurrimos en graves errores y en imperdonables olvidos. Por supuesto que Javier Lozano es mi cuate. Está tan espléndidamente dotado para tocar el piano, que nunca he entendido bien a bien, qué hace en la política. Son muchos años ya los que llevo de conocerlo y de conocer a su muy hermosa señora. Lo tuve muy presente cuando el pelado de Shen li Ye-Gong lo desquició, para júbilo y provecho de López Dóriga, con sus declaraciones de "Coopelas o cuello". Me apena grandemente no haberlo incluido en mi hit-parade, pero deseo que estos renglones suturen esas heridas provocadas por la desmemoria. Y ya.

Cuando comencé a redactar esta columna, me propuse ponerme a mano con Javier Lozano; pero también me propuse comentar otros asuntos como el llamado que recibió Bora para entrenar a Irak, pero el tiempo y el espacio me han demorado. Mañana me ocuparé de ello.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDXXV (1525)**

ARTURO MONTIEL ROJAS.

Cualquier correspondencia con esta columna que no se siente, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R.)

